

pidez y entusiasmo. El hombre del Norte aspira sus palabras entre la lengua y los labios, entreabierto la boca, para no respirar la fría atmósfera de sus nieblas... La lengua castellana nutrida de vocales, mezcla de la sensación y la idea, pronúnciase al aire libre, ore rotundo, respira-

ción del alma, de sonidos sonoros y graciosos como la lengua griega.

Núm. 24.—¿Porqué, ¡oh España!, no recoges tus hijos en tu regazo fecundo, en vez de debilitarte en lejanas empresas, y ora empuñes la espada, ora toques la lira, eres el terror o el encanto de las naciones?

Pedro Emilio-Coll

(Concluirá en la próxima entrega.)

## Cecilio Acosta...

Viene de la página 204

rosos, como que se entristecía de la soledad de sus volúmenes, y volvía a ellos con ahinco, porque le perdonasen aquella ausencia breve. Andaba en trece años y ya había comentado en numerosos cuadernillos una obra en boga entonces: *Los Eruditos a la violeta*. Seminarista luego, cuatro años más tarde, estableció entre sus compañeros clases de Gramática, de Literatura, de Poética, de Métrica. Se aplicaba a las ciencias; sobresalía en ellas; el ilustre Cajigal le da sus libros, y él bebe ansiosamente en aquellas fuentes de la vida física y logra un título de agrimensor. La Iglesia le cautiva, y aquellos serenos días, luego perdidos, de sacrificio y mansedumbre; y lee con avaricia al elegante Basilio, al grave Gregorio, al desenfadado Agustín, al osado Tomás, al tremendo Bernardo, al mezquino Sánchez; bebe vida espiritual a grandes sorbos. Tiene el talento práctico como gradas o peldaños, y hay un talentillo que consiste en irse haciendo de dineros para le vejez, por más que aquí la limpieza sufra, y más allá la vergüenza se oscurezca; y hay otro, de más alta valía, que estriba en conocer y publicar las grandes leyes que han de torcer el rumbo de los pueblos, en su honra y beneficio. El que es práctico así, por serlo mucho en bien de los demás no lo es nada en bien propio. Era, pues, Cecilio Acosta, ¡quién lo dijera, que lo vio vivir y morir! un grande hombre práctico. Se dió, por tanto, al estudio del Derecho, que asegura a los pueblos y refrena a los hombres. Inextinguible amor de belleza consumía su alma, y fue la pura forma su Julieta, y ha muerto el gran desventurado trovando amor al pie de sus balcones. ¡Qué leer! Así los pensamientos: mal hallados con ser tantos y tales en cárcel tan estrecha, como que empujaban su frente desde adentro y la daban aquel aire de cimbria.

Nieremberg vivió enamorado de Quevedo, y Cecilio Acosta enamorado de Nieremberg. El *Teatro de la Elocuencia* de Capmany le servía muchas veces de almohada. Desdeñaba al lujoso Solís y al revuelto Góngora, y le prendaba Moratín, como él, encogido de carácter, y como él terso en el habla y límpido. Jovellanos le saca ventaja en sus artes de vida y en el empuje humano con que ponía en práctica sus pensamientos; pero Acosta, que no le dejaba de la mano, le vence en castidad y galanura y en lo profundo y varjo de su ciencia. Lee ávido a Mariana, enardecido a Hernán Pérez, respetuoso a Hurtado de Mendoza. Ante Calderón se prostra. No halla rival para Gallegos y le seducen y le encienden en amores la rica lengua, salpicada de sales, de Sevilla, y el modo ingenio y el divino hechizo de los dos mansos Luises, tan sanos y tan tiernos.

Familiar le era Virgilio, y la flautilla de caña, y Corydon, y Acates; él supo la manera con que Horacio llama a Telephus, o celebra a Lydia, o invita a Leuconoe a beber de su mejor vino y a encerrar sus esperanzas de ventura en límites estrechos. Le deleitaba Propertio, por elegante; huía de Séneca, por frío; le arrebatada y le henchía de entusiasmo Cicerón. Hablaba un latín puro, rico y agraciado; no el del Foro del Imperio, sino el del Senado de la República; no el de la casa de Claudio, sino el de la de Mecenas.

Huele a mirra y a leche aquel lenguaje, y a tomillo y verbena.

Si dejaba las *Empresas* de Saavedra, o las *Obras y Días*, o el *Sí de las niñas*, era para hojear a Vattel, releer el libro de Segur, reposar en *Los Tristes* de Ovidio, pensar, con los ojos bajos y la mente alta, en las verdades de Keplero, y asistir al desenvolvimiento de las leyes, de Carlo Magno a Thibadieu, de Papiniano, a Heineccio, de Nágera a las Indias.

Las edades llegaron a estar de pie y vivas, con sus propios colores y especiales arreos, en su cerebro; así, él miraba en sí, y como que las veía íntegramente, y cada una en su puesto, y no confundidas, como confunde el saber ligero, con las otras.—hojear sus juicios es hojear los siglos. Era de los que hacen proceso a las épocas y fallan en justicia. Él ve a los siglos como los ve Weber; no en sus batallas, ni luchas de clérigos y reyes, ni dominios y muertes, sino parejos y enteros, por todos sus lados, en sus sucesos de guerra y de paz, de poesía y de ciencia, de artes y costumbres; él toma todas las historias en su cuna y las desenvuelve paralelamente; él estudia a Alejandro y Aristóteles, a Pericles y a Sócrates, a Vespasiano y a Plinio, a Vercingétorix y a Velleda, a Augusto y a Horacio, a Julio II y a Buonarrotti, a Elizabeth y a Bacón, a Luis XI y a Frollo, a Felipe y a Quevedo, al Rey Sol y a Lebrun, a Luis XVI y a Nécker, a Washington y a Franklin, a Hayes y a Eddison. Lee de mañana las Ripuarias, y escribe de tarde los estatutos de un montepío; deja las Capitulares de Carlo-Magno, hace un epitafio en latín a su madre amadísima, saborea una página de Diego de Valera, dedica en prenda de gracias una carta excelente a la memoria de Ochoa, a Campoamor y a Cueto, y antes de que cierre la noche—que él no consagró nunca a lecturas—echa las bases de un banco, o busca el modo de dar rieles a un camino férreo.

Son los tiempos como revueltas sementeras, donde han abierto surco, y regado sangre, y echado semillas, ignorados y oscuros labriegos; y después vienen grandes segadores, que miden todo el campo de una ojeada, empuñan hoz cortante, siegan de un solo vuelo las mies ricas y la ofrecen en bandejas de libros a los que afilan en los bancos de la escuela la cuchilla para la siembra venidera. Así Cecilio. El fué un abarcador y un juzgador. Como que los hombres comisionan, sin saberlo ellos mismos, a alguno de entre ellos para que se detenga en el camino que no cesa y mire hacia atrás, para decirles cómo han de ir hacia adelante; y los dejan allí en alto, sobre el monte de los muertos, a dar juicio; mas ¡ay! que a estos veedores acontece que los hombres ingratos, atareados como abejas en su faena de acaparar fortuna, van ya lejos, muy lejos, cuando aquel a quien encargaron de su beneficio y dejaron atrás en el camino les habla con alarmas y gemidos, y voz de época. Pasa de esta manera a los herreros, que asordados por el ruido de sus yunques, no oyen las tempestades de la villa; ni los humanos, turbados por las hambres del presente, escuchan los acentos que por boca de hijos inspirados echa delante de sí lo por venir.

Lo que supo, pasma. Quería hacer la Améri-

ca próspera y no enteca; dueña de sus destinos, y no atada, como reo antiguo, a la cola de los caballos europeos. Quería descuarjar las Universidades, y deshelar la ciencia, y hacer entrar en ella savia nueva; en Aristóteles, Huxley; en Ulpiano, Horace Greeley y Amasa Walker; del derecho, "lo práctico y tangible": las reglas internacionales, que son la paz, "la paz, única condición y único camino para el adelanto de los pueblos"; la Economía Política, que tiende a abaratar frutos de afuera y a enviar afuera, en buenas condiciones, los de adentro. Anhelaba que cada uno fuese autor de sí, no hormiga de oficina, ni momia de biblioteca, ni máquina de interés ajeno; "el progreso es una ley individual, no ley de los Gobiernos"; "la vida es obra". Cerrarse a la ola nueva por espíritu de raza, o soberbia de tradición, o hábito de casta, le parecía crimen público. Abrirse, labrar juntos, llamar a la tierra, amarse, he aquí la faena: "el principio liberal es el único que puede organizar las sociedades modernas y asentarlas en su caja". Tiene visiones plácidas, en siglos venideros, y se inunda de santo regocijo: "la conciencia humana es tribunal; la justicia, código; la libertad triunfa; el espíritu reina". Simplifica, por eso ahonda: "la historia es el ser interior representado". Para él es usual lo grandioso, manuable lo difícil y lo profundo transparente. Habla en pro de los hombres y arremete contra estos brahmanes modernos y magos graves que guardan para sí la magna ciencia; él no quiere montañas que absorban los llanos, necesarios al cultivo; él quiere que los llanos suban, con el descuaje y nivelación de las montañas. Un grande hombre entre ignorantes sólo aprovecha a sí mismo: "los medios de ilustración no deben amontonarse en las nubes, sino bajar, como la lluvia, a humedecer todos los campos". "La luz que aprovecha más a una nación no es la que se concentra, sino la que se difunde". Quiere a los americanos enteros: "la República no consiste en abatir, sino en exaltar los caracteres para la virtud". Mas no quiere que se hable con aspereza a los que sufren: "hay ciertos padecimientos, mayormente los de familia, que deben tratarse con blandura". De América nadie ha dicho más: "pisan las bestias oro, y es pan todo lo que se toca con las manos". Ni de Bolívar: "la cabeza de los milagros y la lengua de las maravillas". Ni del cristianismo: "el cristianismo es grande porque es una preparación para la muerte". Y está completo, con su generosa bravura, amor de lo venidero y forma desembarazada y elegante, en este reto noble: "y si han de sobrevenir decires, hablillas y calificaciones, más consolador es que le pongan a uno del lado de la electricidad y el fósforo, que del lado del jumento, aunque tenga buena albarda, el pedernal y el morrión".

Más que del Derecho Civil, personal y sencillo, gustaba del derecho de las naciones, general y grandioso. Como la pena injusta le exaspera, se da al estudio asiduo del Derecho Penal, para hacer bien. Suavizar: he aquí para él el modo de regir. Filangieri le agrada; con Roeder medita. Lee en latín a Leibnitz, en alemán a Seesbohm, en inglés a Wheaton, en francés a Chevalier; a Carnazza Amari en italiano, a Pinheiro Ferreyra en portugués. Asiste a las lecciones de Blüntschli en Heidelberg, y en Basilea a las de Feichman. Con Heffter busca causas; con Wheaton junta hechos; con Calvo colecciona las reglas afirmadas por los escritores; con Bello acendra su juicio; con todos suspira por el sosiego y paz del universo. Aplaude con íntimo júbilo los esfuerzos de Cobden, y Mancini, y Van Eck, y Bredino por codificar el Derecho de Gentes. Dondequiera que se pida la paz, está él pidiendo. Él pone mente y pluma al servicio de esta alta labor. Hay en Filadelfia una liga para la paz universal, y él la estudia anhelante, y la Liga Cósmica de Roma, y la de Paz y Libertad de Ginebra y el Comité de Amigos de la paz, donde habla Stürm. Él piensa, en aborrecimiento de la sangre, que con tal de que ésta no sea vertida, sino guardada a darnos fuerza para ir des-